



PROVINCIA CENTROAMERICANA DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

PROVINCIAL

PROV 21/128

El Salvador, 15 de noviembre 2021

Asunto: 32 Aniversario Mártires de la UCA.

Jesuitas y colaboradores CAM Presente

Mis mejores deseos para todos ustedes.

Conmemoramos un aniversario más del martirio de nuestros compañeros jesuitas, Doña Elba y su hija Celina. Los recuerdos se hacen presentes desde un corazón agradecido por lo que ellos fueron y siguen siendo.

Llegué a El Salvador en marzo de 1988; tenía 24 años. Éramos un grupo de escolares provenientes de Nicaragua. Veníamos a continuar los estudios de filosofía en la UCA y nos instalamos en Santa Tecla, cuando aún la vegetación y los cafetales rodeaban la zona. Arribamos en un momento difícil para El Salvador y complejo para la Provincia. La situación de guerra y violencia, los muertos y la inseguridad que se vivía en el país, marcaban la coyuntura y nuestra vida como estudiantes.

Nuestro primer encuentro fue con el P. Amando López, quien nos introdujo a la carrera de filosofía. El P. Ignacio Ellacuría nos daba clases de Xavier Zubiri en la sala de rectoría de la universidad. Así mismo, lo veíamos cuando los miércoles y sábados llegaba al filosofado a jugar “frontón” junto con Amando López, Martín-Baró y Segundo Montes... Los gritos llegaban hasta nuestras habitaciones. En algún momento me tocó jugar con ellos, ya que faltaba uno de ellos y se necesitaba formar las “parejas para el juego”. En dos ocasiones los escolares fuimos invitados a cenar a la Residencia de la UCA. Esos hombres eran para nosotros, jóvenes jesuitas, modelos de cómo se debía vivir en la Compañía desde una mirada a la realidad.

Los recuerdos de los “coche-bomba”, los constantes apagones y la inseguridad social del país, se hacían presentes en medio de nuestros estudios. Pero lo más impactante de estos años, fue el asesinato por parte del ejército salvadoreño de nuestros compañeros jesuitas y de Elba y Celina. A las 6:30 a.m. del 16 de noviembre de 1989, una llamada del P. José María Tojeira, rompía el silencio de aquella casa; sus únicas palabras fueron "mataron a Ellacuría y a todos los jesuitas de la UCA... vénganse para acá". Difícilmente podíamos movernos los cerca de cuarenta jesuitas que estábamos en la comunidad. El *Estado de sitio* que vivíamos en esos días, contar con un solo vehículo y la paralización de aquel acontecimiento, impedían cualquier movilidad.

Fue un día de mucha desolación, frustración y un miedo que congelaba los huesos. Pero en medio de esto, prevaleció una unión y sentido de cuerpo con mis compañeros jesuitas. Ese día comprendí realmente aquello de la “unión de ánimos” de la que habla San Ignacio en la Parte Octava de las Constituciones. La fatídica noticia generó una especie de confusión y pánico entre todos los que nos encontrábamos en la casa; el teléfono empezó a sonar y no paró durante todo el día. La gente llamaba para ver cómo estábamos y para confirmar el anuncio que las noticias habían empezado a transmitir... Unos lloraban, otros se abrazaban, y el sin sentido parecía prevalecer en aquellas horas. Lo cierto es que algo interno se rompió. Luego, el funeral en la UCA, rodeado de miles de personas. Nos tocó cargar los cuerpos de nuestros compañeros rumbo al lugar donde ahora descansan y ser testigos de su presencia siempre activa en la historia de El Salvador. Actualmente reposan en la capilla de la UCA, al lado de un cuadro de Monseñor Romero.

Dentro de unos meses seremos testigos de la beatificación del P. Rutilio Grande. Sabemos que no murió solo, sino con dos campesinos: Manuel Solórzano de 72 años y Nelson Lemus, de 15; juntos yacen en la Iglesia de El Paisnal. Nuestros compañeros de la UCA tampoco mueren solos. Cerca de ellos estaban Elba Julia Ramos de 42 años y su hija Celina de 15, imágenes de la fidelidad y el cariño de nuestras colaboradoras. Les tocó correr la misma suerte que a los jesuitas; fueron asesinadas porque el *Batallón Atlacatl* no quería dejar testigos. Les arrebataron su inocencia y sus vidas, sin haber hecho nada malo.

Temprano, en la mañana del 16 de noviembre, Obdulio Ramos, padre y esposo, las encontró abrazadas. El cuerpo de Elba estaba sobre el de Celina, mostrando el amor materno de protegerla de las balas. Donde fueron acribillados los jesuitas hay rosas, donde asesinaron a Elba y Celina, una capilla. Don Obdulio supo bien lo que hacía: en el centro del jardín sagrado colocó dos rosas amarillas, una por Elba y otra por Celina. Alrededor de ellas plantó seis rosas rojas representando a los jesuitas. Desde allí sigue generándose una energía que se esparce por la universidad, el país y el mundo.

Elba y Celina, mártires y víctimas de un sistema injusto, *dignas y ejemplares mujeres, representantes de la sencillez, generosidad y laboriosidad del pueblo salvadoreño. En recuerdo agradecido a su cercanía y servicio a la Compañía de Jesús, que las llevó a compartir el martirio* (placa conmemorativa del Auditorio Elba y Celina Ramos, Edificio “D” en la UCA).

32 años después hacemos memoria del gesto de amor, compromiso y entrega de nuestros/as mártires. Los/as recordamos con cariño desde una memoria agradecida.

Con mi afecto fraterno,



P. José Domingo Cuesta, SJ
Provincial de la Compañía de Jesús en Centroamérica.